



Alonso, L.E. y Fernández, C. (2013). *Los discursos del presente, un análisis de los imaginarios sociales contemporáneos*. Madrid: Siglo XXI.

Hablar de un libro con tantos elementos y teorías es una labor un tanto complicada, tomando en cuenta el cuidadoso tratamiento y el amplio conocimiento que ambos autores tienen sobre las temáticas que en este trabajo se muestran. El trabajo se caracteriza por la amplia revisión bibliográfica separada en capítulos claramente explicados y que componen un corpus coherente que facilita la lectura. Pero, además, cabe destacar que los autores matizan las aportaciones de cada uno de los discursos expuestos, sin caer en determinismos o extremismos narrativos. *Los discursos del presente* (Alonso y Fernández, 2013) defiende como principio el hecho de que los discursos actúan como constructores de sentido pero, a la vez, han servido para poner en práctica diferentes procesos inherentes al nuevo capitalismo global (consumo, precariedad, globalización, competencia, etc.).

Para empezar, los autores dedican un capítulo entero a Roland Barthes (capítulo, poniendo especial énfasis en su obra *Mitologías* (2009, 1ª ed. 1980) que cierra al individuo y a sus relaciones con otros en un sistema únicamente de signos y en el que el contexto queda apartado en un segundo plano. Pese a esta crítica, los autores destacan la importancia que trajo consigo el aporte discursivo-lingüístico de la obra de Barthes, aunque señalan las limitaciones que tiene este tipo de análisis para comprender más allá del texto, ya que no interpreta el porqué del hecho social. Sin embargo, no dan por inválido el modelo de análisis de discurso estructural, sino por el contrario insisten que este tipo de metodología puede ser útil dentro de la sociología en cuanto se comprendan los contextos en los que se desarrollan y los actores que los generan, es decir se debe complementar con un ejercicio que va más allá de lo evidente.

Cuando se habla de discursos, se los comprende como aquellos modelos legitimadores de procesos sociales. Entre los que son analizados por los autores del libro se encuentran aquellos relacionados con el *management*, tan difundido en los libros de gestión empresarial (capítulo II). Cabe destacar el recorrido que se hace ya no sólo de los discursos sobre la empresa, sino de su desarrollo en sí misma. Es decir, se parte desde el fordismo, caracterizado por las estructuras fuertes, las jerarquías y modelos de gestión más paternalistas, la defensa de la disciplina, de las rutinas y de la producción en masa, y se dirige hacia el toyotismo, cuyo modelo se basa en procesos de innovación y mayor apertura tanto dentro como fuera de la empresa, donde también se empiezan a plantear posturas acerca del compromiso de los trabajadores como estrategia para aumentar y mejorar la producción. Para finalizar tenemos el modelo del “capitalismo líquido”, en el que se acude a Bauman (1999) y el término de liquidez como un estado de fluidez pero a la vez de debilidad. En este último modelo va a primar la creatividad, la innovación y la gestión de la información; un modelo en el que la informática y las redes se han convertido en elementos indispensables para las compañías y en el que ya no se habla de empleados, sino de “colaboradores”, los cuales pueden situarse en cualquier parte del mundo y se adaptan a cualquier tipo de trabajo ya que su conocimiento es flexible.

Esta “flexibilidad” tan exigida por las empresas ha traído a la mesa otro discurso, el del cambio (cap. III), ya no sólo de la estructura empresarial, sino también de su capital humano, generando en los trabajadores un alto grado de incertidumbre que produce una especie de precariedad. Ya que nada garantiza un puesto estable de trabajo, el empleado se sigue preparando continuamente, pues el conocimiento pasa a ser un espacio infinito. Este modelo de defensa de la precariedad ha estado oculto detrás del discurso de la flexibilidad, del cambio y de la innovación obligando así al trabajador a que invierta más horas tanto en esfuerzo laboral como en formación en aras de la innovación. Ello ha supuesto una reingeniería del sistema que ha debilitado el antiguo Estado del bienestar, considerado por los expertos del *management* una especie de cadena limitante para el desarrollo innovador y los nuevos desafíos corporativos.

Alonso y Fernández no dejan de lado la crítica al discurso sobre la precariedad (escondido detrás del de flexibilidad) y analizan las tesis provenientes del *General Intellect* (cap. IV), corriente pegada al posmarxismo con sus principales expositores, Hardt y Negri (2002), que hablan sobre la desterritorialización de las fuerzas laborales, de la precariedad más que como desajuste del sistema capitalista como el todo de su consolidación y sobre una especie de nomadismo que produce la desaparición de los lazos sociales y culturales empujando al ser humano a su entera emancipación e individualización. Según Alonso y Fernández, la parte

más débil de estas posturas es que se basan y priman más aspectos dentro de la militancia política que en los debates y prácticas sociológicas, pero que además no presentan alternativas factibles para la construcción de nuevas intervenciones sociales y políticas.

En el transcurso del libro, ambos autores toman en cuenta las tesis de tres de los sociólogos más leídos en España: Michel Maffesoli, Gilles Lipovetsky y Zygmunt Bauman. A grandes rasgos, los tres análisis llegan a la conclusión de que las posturas de estos autores son más características de una especie de “ensayismo sociológico” que el resultado de investigaciones empíricas validas que reflejen los hechos y cambios sociales. La principal crítica es la pobreza metodológica y epistemológica de estos postulados, debido a la falta de datos y estudios tanto propios como secundarios.

Con respecto a Maffesoli (cap. V), uno de los argumentos centrales de sus obras es la analogía entre frío y calor, estando el frío representado por lo moderno, mientras que lo cálido es lo posmoderno. En cuanto a lo moderno, este autor insiste en la prevalencia de estructuras jerárquicas y racionales mientras lo posmoderno, siempre según este autor, está marcado por lo emocional, lo vivo y lo intenso. Alonso y Fernández revisan minuciosamente además de las obras del francés, aquellas en las que se lo defiende y crítica, llegando a la conclusión de que sus teorías carecen de una base fundamentada en pruebas y elementos sólidos para ser falseados o contrastados, dejando además de lado conceptos básicos dentro de la estructura social, como la división del trabajo, la lucha de clases, etc. Es así, que aunque las teorías de Maffesoli ayudan a interpretar una parte de los hechos sociales, vuelven a ser narraciones carentes de reflexividad sociológica.

Por otro lado, el autor más criticado en esta obra es Lipovetsky (cap. VI), a quien después de analizar todos sus libros, ambos autores insisten en acusar que utiliza de forma sesgada conceptos sociológicos como posmodernidad e individualismo sin tener una base empírica para defenderlos. Pese a ello, destacan que es uno de los pocos autores en ciencias sociales que ha trascendido las fronteras, gracias a que su obra es amena de leer, una cualidad positiva, puesto que atrae al público que proviene de otras disciplinas. Empero, uno de los aspectos más debatido en sus teorías es como se comprende el consumo y es que en la obra de Lipovetsky el consumo explica todos los cambios sociales, llegando en un momento de ella a interpretar el consumo como un fenómeno “democratizador” dentro del ámbito social, dejando de lado problemas sociales como la precariedad laboral, la exclusión social, el debilitamiento de los Estados, etc. Todos estos procesos del consumo van a ser explicados por un prefijo, que a decir de Alonso y Fernández vuelve a ser carente de significado metodológico y es el tér-

mino “hiper”: hipermodernidad, hiperconsumo, hipercapital, etc., que Lipovetsky (2006) utiliza más como gancho narrativo que como concepto aplicado al saber sociológico.

Esta tendencia por desarrollar conceptos sin ninguna base empírica también ha sido un problema en los trabajos de Bauman (cap. VII). El sociólogo polaco, pese a dilucidar y describir de una forma clara los cambios sociales en la era de la “liquidez” (desigualdad social, individualización, fragmentación, consumismo, etc.), no ha sabido fortalecer estas posturas mediante trabajos empíricos propios que ayuden a sustentar estos fenómenos visibles en la sociedad. De esta manera, Alonso y Fernández, con clara rigurosidad, defienden que Bauman es quien mejor ha diagnosticado a la sociedad de consumo a pesar de que sus obras están limitadas por la falta de datos contrastables con la realidad social.

Finalmente, en el epílogo, los autores de este libro cuidadosamente trabajado, tratan sobre aspectos como la sociedad del riesgo y toman como referente especialmente a autores como Beck, Giddens, Elias, Sennet y otros académicos que se han convertido en los mayores exponentes de conceptos como individualización, modernidad, personalización y desigualdad. La sociedad del riesgo, como se ha mencionado antes, estaría marcada por el criterio de la incertidumbre generada por los cambios tecnológicos y de mercado que provocan el debilitamiento de los Estados-nación, pero a la vez por una mayor fragmentación entre las clases sociales, cuyo proceso ha tenido como consecuencia una mayor desigualdad entre personas llevando incluso a la exclusión social entre las capas más desprotegidas.

En la sociedad del riesgo se habla habitualmente de procesos de individualización. Alonso y Fernández argumentan que, en muchas ocasiones, este concepto ha sido tratado “a la ligera” y de una forma determinista, ya que muchos estudiosos o académicos lo han utilizado como el despliegue y el alejamiento del sujeto de la sociedad. No obstante, y aunque en esta época se estudien las autobiografías que van marcando la identidad de cada uno de los seres humanos, cada persona y sus acciones se reflejan en sus contextos, trayectorias y estructuras sociales, tal y como indica Bourdieu (1998) con su concepto de *habitus*. Es decir, los sujetos se expresan en base a una serie de estructuras estructurantes que conforman sus formas de ser y de estar en sociedad.

Pero estas estructuras, ya no van a ser instancias fijas, aunque mantienen su importancia dentro de las relaciones sociales. Debido al debilitamiento de los Estados de bienestar, los partidos políticos y la desconfianza en las instituciones, empiezan a crearse movimientos y redes que se caracterizan por ser estructuras más horizontales, aunque conformadas por personas con proyectos comunes: aumentan las formas de participación y el sentido de redes de solida-

ridad y autorresponsabilidad cambia, empoderando a los sujetos del cambio social. El discurso de los propios movimientos sociales ha cambiado desde la época de los sesenta, ya que han pasado de una especie de utopismo a un discurso centrado en la acción colectiva, en la minimización de los riesgos y en los debacles que ha traído consigo la modernidad. Estas redes se han dispersado en dos sentidos. Por un lado, están quienes trabajan por la defensa de derechos sociales de grupos excluidos por su propia condición sexual, étnica, racial, etc. Pero también se han formado grupos contrarios como los movimientos neonazis.

Finalmente, el libro nos deja la idea de que la sociedad se presenta cada vez más de una forma heterogénea y por ende más compleja de analizar. Los distintos discursos deben apuntar a un sujeto individual pero a la vez social y a una forma más reflexiva de ver un mundo cambiante (redes, información, mercados, trabajo, ciudades, etc.) que modifica no sólo las prácticas individuales y particulares, sino los entramados sociales, políticos y económicos.

Valeria Yarad Jeadá

Universidad Complutense de Madrid

vyarad@ucm.es